

**EUROPA COMO ÍCARO O COMO DÉDALO, CON ALAS DE CERA
MÁS ALLÁ DE LA POLARIZACIÓN Y TIEMPOS DE APRENDIZAJE**

Víctor Pérez-Díaz

FUNDACIÓN DE LAS CAJAS DE AHORROS
DOCUMENTO DE TRABAJO
Nº 801/2019

De conformidad con la base quinta de la convocatoria del Programa de Estímulo a la Investigación, este trabajo ha sido sometido a evaluación externa anónima de especialistas cualificados a fin de contrastar su nivel técnico.

ISSN: 1988-8767

La serie **DOCUMENTOS DE TRABAJO** incluye avances y resultados de investigaciones dentro de los programas de la Fundación de las Cajas de Ahorros.
Las opiniones son responsabilidad de los autores.

Europa como Ícaro o como Dédalo, con alas de cera

Más allá de la polarización y tiempos de aprendizaje

Víctor Pérez-Díaz *

28 de junio de 2019

Índice

1. Más allá de la polarización: Europa y los límites de los marcos binarios
2. La política como una batalla: la imagen y su estructura de plausibilidad
3. Tiempos turbulentos y tiempos propicios: propicios para aprender, y tocar tierra

Referencias bibliográficas

*Presidente de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios. Este trabajo está elaborado en el marco de la serie de Estudios sobre Europa patrocinados por Funcas.

1. Más allá de la polarización: Europa y los límites de los marcos binarios

Europa tiene un déficit de narrativa y de estrategia, y, en definitiva, de agencia. No está todavía en el mundo como un agente político coordinado con suficiente legitimidad de origen (que supone la presencia decisiva de un *demos*) y legitimidad sustantiva (que implica la solución efectiva de problemas mayores).¹ Con ese déficit, se enfrenta hoy al reto de una situación turbulenta, que viene de tiempo atrás y se prolonga. Colmar el déficit de agencia y manejar la situación requieren entender que la identidad de Europa (su ser) y su política (su hacer) dependen no tanto de factores externos cuanto de la estrategia y el imaginario de ciudadanos y políticos en interacción con el conjunto de su sistema institucional (mercado, democracia, sociedad civil) y su trasfondo cultural.

En este breve ensayo exploro algunos aspectos de ese imaginario y me centro en un punto débil fundamental del mismo: un marco interpretativo binario que, primero, contrapone rígidamente los dos polos de “europeísmo” *versus* “nacionalismos” (o “populismos”), que se solapa en parte con el de “globalismo” *versus* “localismos”; y, segundo, presupone que esa contraposición tiende a ser cada vez más intensa y estamos ante un proceso de polarización creciente.² Por mi parte, cuestiono lo primero, es decir, el marco interpretativo; y asimismo lo segundo, porque considero que no estamos tanto ante una causalidad situacional o estructural tan potente que marque tendencia, cuanto ante un drama abierto.

Sin duda, la contraposición tiene su parte razonable: por lo pronto se hace eco de las contiendas del momento identificándolas como lo hace una parte muy significativa de los contendientes mismos, y alerta sobre sus extremismos. Pero tiene otra parte, irrazonable. En su versión habitual, simple y rígida, la contraposición aviva la lucha política sin favorecer el entendimiento de esta, y con ello entorpece unos procesos de debate y decisión de la comunidad política europea que hoy, más que nunca, requieren estar muy atentos a la

¹No entro aquí en el debate en curso sobre *demos* y *demoi*, en su aplicación a Europa. Ver las reservas de Scharpf (2015) y, antes, de Judt (1996).

²Los observadores se reparten entre quienes ven un proceso de creciente polarización y quienes lo cuestionan; y puede ser interesante contrastar a estos efectos la lectura de Hawkins, Yudkin, Juan-Torres y Dixon (2018) sobre los Estados Unidos (que insisten en una polarización creciente, matizada por un trabajo posterior de Hawkins, Yudkin y Dixon, 2019) y la de Krastev, Leonard y Dennison (2019) sobre Europa (que cuestionan esa tendencia). Véase un *compte-rendu* de ese debate europeo, visto desde España, en Pérez-Díaz (2019).

especificidad, la complejidad y los matices de las circunstancias de cada tiempo y lugar, tanto más aún si lo que se pretende es la participación de los ciudadanos en la política, y no su manipulación.³

Sugiero explorar otro marco interpretativo que, sin desatender tales debates y tensiones, esté centrado en torno a la posibilidad de un equilibrio dinámico y razonado entre los contendientes, y favorezca una conversación entre ellos, incluyendo en ella a quienes no se sitúan en un lado u otro.

Imaginemos, pues, que estamos ante un escenario dramático en el que Europa recita su monólogo como un actor que puede optar entre dos “personas” o dos “máscaras” (“máscara de actor”: el referente original del término latino de “persona”). Puede representar su papel con una máscara patética de desdoblamiento entre dos mitades airadas, lo que abocaría en su límite, tal vez, a un trastorno de personalidad múltiple o a un desorden bipolar. O puede hacerlo con otra máscara, digamos más serena, reflejo de una suerte de diálogo interior, de conversación permanente consigo misma, que le permite una conducta relativamente más coherente. Tendríamos, así, una escena incivil, un duelo entre enemigos; y otra civil, un juego de identidades complejas, de formas civiles y de posiciones tentativas que daría lugar a una senda de aprendizaje y, con frecuencia, de compromisos políticos.

³Es decir, cuestiono, pero no niego en su totalidad la posible relevancia de ese marco binario. Puede tenerla a efectos semióticos, conceptuales y empíricos (Hiernaux, 2009): y aplicarse a los procesos en curso, con la debida atención a la complejidad, los grados y las variantes de tales procesos.

La escena de la civilidad combina identidades, formas y compromisos. Las identidades complejas de los ciudadanos suscitan políticas identitarias congruentes con un sentirse todos (o casi todos) europeos y nacionales. Estos sentimientos de pertenencia a una comunidad (y/o un conjunto de comunidades entrelazadas) se expresan en tratos y conversaciones continuas, y se traducen en una sensación de participar todos en la búsqueda de un bien común. Lo cual, a su vez, refuerza la probabilidad de abocar a posiciones intermedias (alternancias, compromisos) en las políticas sustantivas, las socio-económicas, por ejemplo; poniendo de relieve que una amplia mayoría de los ciudadanos son más “realistas y pragmáticos” y “moderados y reformistas”, en definitiva, más parecidos entre sí, de lo que se suele reconocer en el debate público.

Aplicando ese marco cabe entender mejor el curso pasado de los acontecimientos europeos, incluidas las siete décadas transcurridas desde la segunda guerra mundial. Incluso si adoptamos una visión de muy largo plazo (y remontándonos no ya al conjunto de la modernidad sino a tiempos bastante más remotos), ese marco nos permite vislumbrar las huellas de una suerte de astucia de la razón en la historia, dando pie a un relato de la formación de Europa como un proceso relativamente razonable, dramático, sí, y alternando logros admirables con desidias y desvaríos; pero al menos susceptible de ser razonado, y como tal transmitido a las generaciones siguientes.

Ese relato permitiría identificar (y potenciar) a Europa como un sujeto; pero no a la manera prometeica, asaltando los cielos, sino con un (mucho) mayor sentido de sus límites. No como el relato de quien “decide su proyecto”, sino como el de quien “reconoce su *telos*”. No como el de un demiurgo que crea su propia realidad y lo que le rodea, sino como el de un agente co-protagonista y co-responsable del proceso histórico en tanto que cooperador necesario (“de los dioses”, como decían los antiguos romanos en sus momentos de triunfo; Barrow, 1994: 10 y ss.) en el desarrollo del mismo.

Pero el sentido de sus límites del sujeto colectivo debe venir de la mano del reconocimiento de su potencial. La Europa en cuestión, aun limitada, sería (al menos, y nada menos que) una agencia, una comunidad política – y no la yuxtaposición de *varias* enfrentadas, e incapaces (por tanto) de acometer políticas públicas de largo recorrido: tanto políticas identitarias (quién es el sujeto en cuestión) como formales (cómo las hace: las formas de la política) y sustantivas (qué hace).

El protagonista del relato europeo sería, pues, un sujeto colectivo, con sus inercias y con sus proyectos, unas veces, grandes, y otras, no tanto. Y preferiblemente, por tanto, con un toque de dignidad y un toque de humildad.

Cabe ilustrar el argumento recurriendo a un relato legado de nuestra tradición mito-poética occidental, en este caso, de la mitología grecorromana, que está asociado, precisamente, de algún modo, al mito de Europa. Una Europa que, transportada por Júpiter, arriba a Creta y tiene, entre otros hijos, a Minos; de donde arrancan, a su vez, otras leyendas, las cuales incluyen la de Dédalo e Ícaro –lo que nos devuelve al tema de esta discusión.

Digamos que, evocando esta leyenda, podríamos optar por que ese sujeto colectivo nuestro de hoy pudiera comportarse como uno u otro de dos personajes del relato mítico original, como Ícaro o como Dédalo. Y, puestos a ello, decidir (sugiero) que es mejor hacerlo a la manera de un sujeto que se comporte, no como un Ícaro desafiante que se cree dueño de su destino, sino como un Dédalo decidido a volar pero prudente, sabiendo que sus alas son de cera (Ovidio, *Las metamorfosis*, libro VIII, 183-235).

Dédalo quiere huir del laberinto en el que le encierra Minos, y, puesto que la tierra y el mar se lo impiden, trata de escapar por el aire. Fabrica sus alas de cera y de plumas, y, con ellas, le da a Ícaro, su hijo, el consejo de evitar tanto el descender demasiado, y permitir que sus alas se humedezcan, como el subir demasiado, y dejar que el calor del sol las derrita. Pero a Ícaro le puede el ansia de desafiar al sol. Sube demasiado. Y, sus alas fundidas, cae al mar.

En estas páginas me inspiro, digamos, en el consejo de Dédalo. Evitando los extremos del marco binario y agónico habitual (del griego *agon*: contienda, desafío, lucha), que favorece un sueño de omnipotencia, estimulado por la imagen de la victoria sobre un enemigo postrado y derrotado, propongo una lectura de estos tiempos turbulentos como tiempos propicios: propicios para el aprendizaje de un saber volar y un saber tocar tierra – dejando para más tarde la aplicación del marco aquí propuesto a las políticas identitarias y las formas de la política, y a algunas políticas públicas sustantivas.

2. La imagen de la política como una batalla, su estructura de plausibilidad, y su contrapunto

Forma parte de la gran ceremonia de la confusión del momento presente el que se esté imponiendo en el imaginario público una determinada heurística, es decir, una forma singular de acercarse a la realidad simplificando sus componentes (Kahneman, 2011). Consiste en la construcción de un escenario de contraste, relativamente simple y rígido, entre globalismos/europeísmos y nacionalismos/populismos. Pero ¿cómo y por qué se impone este marco interpretativo binario y agónico?

Para algunos, el influjo sobre las mentes de este marco interpretativo se deriva, en parte, de su propia repetición en los medios y en el discurso político y académico; como si la repetición tuviera un “algo mágico”, que la tendencia contemporánea a dejarse deslumbrar por las apariencias de la innovación permanente tiende a infravalorar, pero que la propaganda política y comercial tienen muy en cuenta; y de hecho, nuestra experiencia cotidiana (privada y pública) nos dice que los humanos se repiten, nos repetimos, incansablemente. Por lo que no es de extrañar que la repetición continua de ese marco interpretativo, binario y agónico, empezando por los medios cultos o semi-cultos, se contagie a la sociedad; y que la probabilidad del contagio se vea reforzada, quizá, por una mezcla de espíritu de sumisión y de instinto de supervivencia por parte de gentes que tratan de adaptarse a los vientos dominantes de la palabra y de la imagen.

Pero conviene tener en cuenta que, en último término, la estructura de plausibilidad de este marco interpretativo viene dada por la combinación de un imaginario (una visión del mundo) y la práctica continua y la experiencia cotidiana de las gentes, elites y gentes corrientes a la vez. Lo crucial no es el imaginario en sí, sino cómo se actualiza en la conducta efectiva; no el marco institucional en sí, sino cómo funciona realmente. Y aquí nos encontramos con que los diversos componentes del sistema social de la Europa actual, quizá del occidente actual, han podido derivar, y han derivado, y derivan, en una dirección que refleja y promueve esa experiencia de dualidad y de belicosidad, en una medida siempre por determinar según tiempo y lugar.

Así ocurre cuando la economía de mercado deriva en un capitalismo en el que la práctica de la competición aboca a un ir continuo de cada uno “a lo suyo” si es preciso a costa de lo ajeno y de lo común; cuando la democracia liberal deriva en un sistema partitocrático de competición intensa por el poder; cuando la sociedad civil (*qua* tejido asociativo) deriva en una variante regida por el principio de la afirmación de la propia identidad y de la propia

voluntad frente a, o contra, las de los demás; y, finalmente, cuando un espacio de debate libre y plural deriva en una suerte de Torre de Babel (*Génesis*, 11).

La conjunción de todas estas derivas apunta a un funcionamiento del sistema social en el que el reconocimiento mutuo se entiende casi a la manera de la “lucha a muerte por puro prestigio”, en la lectura de Hegel que hacía Kojève (1969). Lo cual, lejos de anunciar la realización de la razón en la historia, o la formación de una sociedad civilizada, constituye una deriva (incivil) del modelo de sociedad civil o civilizada que, se supone, es el modelo ideal del occidente moderno (Pérez-Díaz, 2014). Esa deriva se refleja en la imagen de la política como una batalla – una batalla continua, *lotta continua*, como decían los revolucionarios irredentos de hace medio siglo, aunque, en realidad, la metáfora de la guerra ha sido utilizada por casi todas las posiciones políticas de los dos últimos siglos. Una guerra que moviliza sentimientos de amor y odio, entre “buenos” y “malos” –evitando el esfuerzo de comprender la complejidad de las relaciones entre los adversarios, su propensión a la ambivalencia y sus episodios de rivalidad mimética.

Y sin embargo, alternativamente, la situación podría verse como un drama abierto –y con más esperanza. Puesto que, en la experiencia real de las gentes y en el funcionamiento real de las instituciones podemos encontrar la mezcla de dos imaginarios opuestos, ambos anclados en una imagen de la política como batalla, sí, pero uno de ellos anclado en la imagen de una batalla que aboca a la paz, y el otro, en la de una batalla que se eterniza, quizá una entropía creciente.

Porque, por un lado, es cierto que, desde la perspectiva de las elites globalistas y las contra-elites populistas y nacionalistas, la heurística simple de la polarización tiene sus ventajas, para movilizar a sus partidarios y simpatizantes en una batalla que se hace eco de una sempiterna guerra de ideas e intereses, y de pugnas por el reconocimiento o la superioridad social. Lo que encaja con una parte de la experiencia del común de las gentes. Pero, por otro lado, queda *otra parte* de esa experiencia que no es menos importante, por la que las gentes tienden también, y quizá sobre todo, a algo tan aparentemente simple como “vivir en paz”; lo cual se refleja en la idea/el ideal tradicional de la sociedad política como una comunidad atenta a un bien común.

Volviendo a recurrir, una vez más, a los relatos mito-poéticos y religiosos de nuestro legado tradicional, cabe recordar que esta es la idea medieval que, con sólidas raíces clásicas, queda

de manifiesto en buena parte de nuestro tesoro artístico. Es la idea que se expresa, por ejemplo, en los frescos de Ambrogio Lorenzetti en el *Palazzo Pubblico* de Siena y que comenta y glosa Quentin Skinner (2002: 39 y ss.). Los frescos del *buon governo* encarnado en una danza pacífica, contra el telón de fondo de un escenario de trabajos agrícolas y recorridos urbanos –justo lo opuesto a la escena de la batalla entre guerreros que se confunden en la oscuridad, de los versos de Arnold.⁴ La escena, y la idea, de la paz entendida, justamente, como una victoria sobre la discordia –sobre *il cattivo governo*.

La política que se refleja en la imagen de la batalla moviliza a las gentes para que acepten, y participen, en una lucha que parece inevitable. Apunta a una contienda que a veces se intensifica y otras se amortigua, pero lleva a un eterno ir y venir de la victoria de unos a la derrota de otros que se consuelan pensando que mañana la victoria será suya. Y sin embargo, desde la perspectiva del común de las gentes, la percepción de la política como batalla lejos de resultar obvia puede ser desorientadora, incluso chocante. Porque son muchas las gentes que, así como mantienen la aspiración a (y/o la nostalgia de) un “vivir en paz”, así también su sentido común y su sentido de lo común les lleva a situarse en una zona intermedia entre los beligerantes.

Así ha sido y lo sigue siendo – aunque no siempre: porque las gentes pueden sucumbir a la ilusión de la servidumbre voluntaria, como recordaba La Boétie (1993 [1578]), o a la urgencia de encontrar un chivo expiatorio (Girard, 1982). Para que esto no suceda (y, con ello, la guerra, el caos y la muerte no prevalezcan), no basta con tener sentido común: hay que ejercerlo. Y para ello los ciudadanos han de movilizar sus recursos de información y juicio y motivación,⁵ y hacerlo de tal forma que refuercen la formación del hábito cívico correspondiente.

3. Tiempos turbulentos, tiempos propicios: propicios para aprender, y tocar tierra

Los tiempos actuales son turbulentos, y Europa se puede sentir a veces en una suerte de laberinto (¿cretense?) del que escapar. Sometida a una vorágine, no acaba de disfrutar de una

⁴Famosos versos de *Dover beach* de Arnold (“*and we are here as on a darkling plain ... where ignorant armies clash by night*”; 1995 [1867]) –por lo demás, un autor firmemente arraigado en la tradición clásica (Anderson, 1988).

⁵Sobre los límites de información y juicio y motivación de los ciudadanos en las democracias actuales puede verse Achen y Bartels (2016).

pausa tras la salida de la crisis económica de la década anterior y comienzos de la actual; una crisis que nos deja la estela de un cambio tecnológico acelerado, perspectivas de empleo dudosas, sensación de riesgo del estado de bienestar, y una sociedad más sensible al incremento de la desigualdad. Al tiempo, ni la clase política está segura de sí misma, ni la sociedad lo está de otorgarle su confianza; de hecho su distancia respecto a la clase política parece haber aumentado; lo que se traduce en apuestas por nuevos discursos, partidos y liderazgos, y cierto auge de los populismos. Y el espacio público, agitado y confuso, carece de una zona de encuentro suficientemente amplia como para ensayar una senda de largo recorrido, de prueba y error entre posiciones enfrentadas, buscando un compromiso razonable (y no uno vacío, que deje las cosas a su inercia).

Pero si el caos provoca desconcierto, también puede suscitar, casi como una cuestión de supervivencia, una reacción positiva, inteligente y animosa, y aumentar el nivel de alerta y de participación de los ciudadanos en los asuntos públicos. Para eso, es preciso que éstos movilicen sus recursos socioculturales, no tanto imaginando (poéticamente) el futuro (que también) cuanto (y sobre todo) comprendiendo mejor lo que ya saben. Porque saben bastante más por lo que han vivido y pueden recordar, que por lo que imaginan cuando tratan de escudriñar el futuro. Y lo que saben puede darles indicios de por dónde caminar, y darles ánimos.

Se trata, pues, de que la sociedad haga un ejercicio de *anamnesis*, y recuerde, y aprenda del fondo de experiencias del que ya dispone. Un fondo de trabajo bien hecho y de convivencia, de lo que ingenuamente podemos llamar hábitos de “sensatez y decencia”, virtudes cotidianas que conviene resaltar, en clave tanto positiva como negativa. En clave positiva, porque, sin esos recursos socioculturales básicos habrían sido imposibles los avances (antiguos y modernos) en cuestiones de crecimiento, alimentación, salud, prolongación de la edad, persistencia de los lazos familiares y sociales a varias escalas: todo ello extraordinario y, al tiempo, elemental y básico. Y cabe recordar, en clave negativa, algo no menos extraordinario y elemental y básico: que sin esos hábitos también habría sido imposible haber sobrevivido a las dos guerras mundiales (con su acompañamiento, aquí y allí, de guerras civiles) y los dos totalitarismos que, a lo largo de los últimos cien años, han producido inmensos democidios, probablemente en torno a dos centenares de millones de muertes violentas (Rummel, 1994).

De modo que (y cruzando de nuevo, aunque sea *cum grano salis*, las fronteras, porosas, entre las ciencias sociales y los relatos mito-poéticos y religiosos de nuestra tradición) cabe traer

aquí a colación aquel “para todas las cosas hay sazón y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su tiempo” del *Eclesiastés* (capítulo 3, 1; versión de Cipriano de Valera, 1936 [1602]). Según esto, el tiempo o los tiempos de ahora son, más que de volar, de tocar tierra. Tiempos para un recordar y un aprender por parte de todos, clases políticas y ciudadanos incluidos.

En otras palabras, son tiempos turbulentos, pero también propicios. Y probablemente, dentro de unos límites y excluyendo el caos extremo que suele suscitar el pánico, tanto más propicios cuanto más turbulentos – si es que se llegan a entender.⁶

Tiempos propicios para que los políticos perfilen un arte de la prudencia que permita ir más allá de los tacticismos y las batallas del momento, y las maniobras de simulación y los alardes de tergiversación. Propicios para que el estruendo de las guerras culturales ceda paso a una conversación razonada entre imaginarios sociales, muchas veces no tan opuestos como parece a primera vista; por ejemplo, el imaginario de los nómadas y el de los sedentarios, o el de quienes enfatizan la libertad y la propiedad individuales y el de quienes ponen el acento en comunidades y tradiciones.⁷ Para que se escuche la voz de la sociedad, que suele tener una dosis importante de sensatez y decencia, es decir, sentido común y sentido de lo común. Para recorrer, todos, un camino de pruebas y errores y aciertos y compromisos razonables, que les permita entender y manejar mejor el potencial y los límites de su experiencia política.

⁶Y en ese sentido, y mirando al presente reciente, cabe señalar que la crisis financiera de 2008 ha “abierto los ojos” sobre los problemas pendientes en la construcción europea; como tal vez vuelva a ocurrir con la crisis siguiente, por llegar (Scharpf, 2015).

⁷Como se pone de manifiesto (mirando al pasado) en las tradiciones campesinas europeas, por lo pronto desde la baja Edad Media (y se muestra, por ejemplo, para Inglaterra, en Homans, 1968), y en los avatares de las tradiciones obreras de los dos últimos siglos (ver, por ejemplo, Thompson, 1963).

Referencias bibliográficas

Achen, Christopher y Larry Bartels. 2016. *Democracy for Realists*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.

Anderson, Warren. 1988. *Matthew Arnold and the Classical Tradition*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

Arnold, Matthew. 1995 [1867]. *The Oxford Poetry Library: A Selection of His Finest Poems*. Oxford: Oxford University Press.

Barrow, R. H. 1951. *The Romans*. Harmondsworth: Penguin.

Girard, René. 1982. *Le bouc émissaire*. París: Grasset.

Hawkins, Stephen; Daniel Yudkin, Miriam Juan-Torres y Tim Dixon. 2018. *Hidden Tribes: A Study of America's Polarized Landscape*. Nueva York: More in Common.

Hawkins, Stephen; Daniel Yudkin y Tim Dixon. 2019. *The Perception Gap: How False Impressions are Pulling Americans Apart*. Nueva York: More in Common.

Hiernaux, J. Pierre. 2009. “El pensamiento binario. Aspectos semánticos, teóricos y empíricos”, *Cultura y representaciones sociales*, 3, 6: 25-42.

Homans, George. 1968 [1941]. *English Villagers of the Thirteenth Century*. Nueva York: Harper & Row.

Judt, Tony. 1996. *A Grand Illusion? An Essay on Europe*. Nueva York: Hill and Wang.

Kahneman, Daniel. 2011. *Thinking, Fast and Slow*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

Kojève, Alexandre. 1969 [1947]. *Introduction to the reading of Hegel*. Traducción James H. Nichols, Jr. Nueva York: Basic Books.

Krastev, Ivan; Mark Leonard y Susi Dennison. 2019. *What Europeans really want: Five myths debunked*. Londres: European Council on Foreign Relations.

La Boétie, Étienne de. 1993 [1578]. *De la servitude volontaire ou Contr'un*. Edición de Nadia Gontarbert. París: Gallimard.

La Santa Biblia. 1936 (1602). Edición de Cipriano de Valera. Madrid: Depósito Central de la Sociedad Bíblica.

Ovidio. 2008. *Les Métamorphoses d'Ovide illustrés par Pablo Picasso*. Trad. G. T. Villeneuve (1806). París: Éditions du Chêne.

Pérez-Díaz, Víctor. 2014. “Civil-society: a multi-layered concept”, *Current Sociology*, 62, 6: 812-830.

Pérez-Díaz, Víctor. 2018. “Europa en busca de sí misma: Por una estrategia indirecta de la construcción europea”, en Pérez-Díaz, Rodríguez y Mezo (2018), pp. 15-52.

Pérez-Díaz, Víctor. 2019. “Europa entre el compromiso y la polarización”, *ASP Research Papers*, 117(a)/2019.

Pérez-Díaz, Víctor; Juan Carlos Rodríguez y Elisa Chuliá. 2016. *Un triángulo europeo: elites políticas, bancos centrales y populismos*. Madrid: Funcas.

Pérez-Díaz, Víctor; Juan Carlos Rodríguez y Josu Mezo. 2018. *Construcción europea, identidades y medios de comunicación*. Madrid: Funcas.

Rummel, R. J. 1994. *Death by Government*. New Brunswick: Transaction Publishers.

Scharpf, Fritz. 2015. “After the Crash: A Perspective on Multilevel European Democracy”, *European Law Journal*, 21, 3: 384-405.

Skinner, Quentin. 2002. *Visions of Politics. Volume II. Renaissance Virtues*. Cambridge: Cambridge University Press.

Thompson, E. P. 1963. *The making of the English working class*. Nueva York: Vintage Books.